

## Ovidio: la perfección de Roma

Rubén BONIFAZ NUÑO

RESUMEN: En diferentes partes de sus poemas *Ars amatoria* y *Remedia amoris*, Ovidio revela considerar al amor como el fundamento de la cultura. Pero su pensamiento al respecto no se detiene allí. Avanza todavía más allá, y el amor llega a ser considerado también como el fundamento del mundo, e incluso como la necesaria condición para la existencia y el sentido de éste. No es la riqueza material sino la cultura, perfecto fruto del amor, lo que hace que Ovidio se sienta situado en un mundo próximo a la perfección.

\* \* \*

ABSTRACT: In several parts of *Ars amatoria* and *Remedia amoris*, Ovidius considers love as the basis of culture. But in this way of thinking, love becomes the basis of the world as well, and the necessary condition for its existence and its sense. It is not material wealth but culture, the perfect product of love, which makes Ovidius feel like being in an almost perfect world.



## Ovidio: la perfección de Roma

Rubén BONIFAZ NUÑO

Dentro de los poemas *Arte de amar* y *Remedios del amor*, la lectura atenta y sin prejuicios puede encontrar una serie de concepciones profundas de índole general, que sirven de sustento, como las columnas a las aéreas figuras de los frisos, al orden luminoso y ligero de las construcciones poéticas de carácter particular. Dichas concepciones generales constituyen por sí mismas un instrumento para alcanzar la comprensión del mundo, y una manera de explicar éste como un cosmos cabal y humanamente admisible.

Ahora solamente habré de ocuparme en dos de ellas, ambas relacionadas de modo fundamental con el desenvolvimiento del espíritu del hombre, y con la naturaleza del mundo que puede favorecer a aquél sirviéndole de ámbito propicio y de sustento robusto. Aunque de modo somero, me referiré, pues, a un asunto que atañe directamente a la raíz original, al principio mismo del mundo, y a otro que concierne a la felicidad humana, alcanzada plenamente por la posesión de la cultura, identificada ésta con el apogeo glorioso de la ciudad, por aquella Roma que a la sazón consumaba su grandeza en una paz conquistada tras larguísimos años de matanza y de ruina.

En diferentes partes de su poema, Ovidio revela considerar al amor como el fundamento de la cultura. Pero su pensamiento al respecto no se detiene allí. Avanza todavía más allá, y el amor llega a ser considerado también como el fundamento del mundo, e incluso como la necesaria condición para la existencia y el sentido de éste.

Hay un pasaje en el *Arte de amar* en el cual, después de haber aconsejado al hombre que provoque los celos de la mujer, para que ella desmaye, palidezca y se torne furiosa, y en sus arrebatos hiera con las uñas el rostro del amante, lo mire llorosa y torva, y no pueda vivir sin él, un pasaje en el cual, repito, el poeta afirma que el tiempo durante el cual la mujer debe permanecer lastimada por los celos, debe ser breve. Pues dice:

Si el espacio preguntas, breve sea, en que herida se queje,  
no, en la lenta demora, la ira junte fuerzas;  
antes, sean ceñidos por tus brazos sus cándidos cuellos,  
y en tu pecho, llorando, ser recibida debe.  
Da, a la que llora, besos; da, a la que llora, gozos de Venus;  
paz habrá; la ira aflójase por este solo modo.  
Cuando bien se ensañare, cuando enemiga cierta se viere,  
busca allí del concúbito los pactos; blanda haráse.  
Allí habita la Concordia, depuestas las armas;  
nació la Gracia, créeme, en ese sitio.  
Unen sus picos las palomas que hace poco lucharon,  
cuyo murmullo tiene blandicias y palabras.

(II, 455-466)

Y después de decir el engaño y los celos y los caminos y los deleites de la reconciliación, entra en una descripción cósmica y vertiginosa como el vuelo de una estrella; en una visión de mundos apenas engendrados que se mezclan y se fecundan entre los rayos de una luz todavía no distinguible plenamente de las tinieblas. Y más tarde, la aparición del orden, primero en las cosas, cuando el vacío se fue apartando para dejarles posibilidad de ser; luego el de los animales, el hombre entre ellos, y después el progreso del orden, y su fundamentación en el amor.

Lo dice así Ovidio, en versos que recuerdan e igualan los de Lucrecio o los de Virgilio:

La primera mole fue confusa, sin orden de cosas;  
astros, tierra, mar, eran una apariencia sola.

(ib., 467-468)

Y la imaginación se esfuerza por concebir ese panorama infinito, ese paisaje sin término en el cual, mezclados el vacío y la materia, todas las cosas que son y las que van a ser, se presentan bajo una terrible y desafortunada máscara de desorden, que cubre igualmente las aguas y los cielos y las tierras.

Pero, afirma el poeta, ese estado primitivo no alcanzó a ser durable, porque:

Pronto, el cielo a las tierras se impuso; el suelo, de aguas cifióse,  
y el caos inane se retiró a sus partes.

(ib., 469-470)

Y lo que dice el poeta se nos va volviendo más fácilmente imaginable, porque ahora describe un mundo más próximo al que conocemos: el cielo colocado sobre el mar, y en medio de éste, cercadas por él, las tierras, y el vacío retirándose hacia las márgenes de lo materialmente existente.

En este punto la visión imaginativa se vuelve aguda, y, después de haberse fijado en lo inconmensurablemente grande, se aplica a las cosas pequeñas y accesibles; pues, habiendo estado antes todo vacío y deshabitado, algo empieza a vivir con la multitud de nuevas criaturas.

Porque:

la selva, fieras; para tenerlas, recibió aves el aire;  
en el agua líquida os escondisteis, peces.

(ib., 471-472)

Aquí el mundo, que se ha ido integrando paso a paso, y que del desorden total fue pasando paulatinamente a la armonía, termina por conseguir ésta cabalmente. Pues continúa Ovidio:

Entonces, el género humano en los solos campos erraba,  
y él las meras fuerzas era, y el rudo cuerpo;  
la selva, casa fuera; manjar, la hierba; lechos, las frondas,  
y a nadie, mucho tiempo, fue el otro conocido.

(ib., 473-476)

Así pues, entre los animales, el hombre, uno más de ellos, reducido a la pura fuerza sin alma, vivía en el salvajismo; pero, más miserable que las otras fieras, parece haber sido el único en carecer de compañía; el único, entre todos, que conocía la soledad. Y la soledad era el máximo de los males, porque mantenía al hombre en su estado de bestia.

Pero algo nuevo vino a fundar la armonía del mundo, porque destruyó la soledad, y ese algo fue el placer amoroso, el amor; pues en aquella época de dureza, aislamiento y barbarie:

Blando el placer, se dice, había, fieros, suavizado los ánimos;  
la mujer y el varón en un lugar se estaban;  
qué hicieran, ellos mismos sin ningún maestro aprendieron;  
sin ningún arte, Venus cumplió su dulce obra.

(ib., 477-480)

De tal manera, el amor vino a ser, con su aportación de paz y placer y felicidad, el cimiento firme de la civilización humana, de la comunidad armoniosa.

Pero ese mismo sentimiento funda, además, la de todos los seres. Pues Ovidio emprende aquí una gozosa enumeración de los seres del aire, la tierra y el agua, que encuentran su felicidad en el acto amoroso:

El pájaro tiene lo que ame; con quien una sus gozos,  
a la mitad del agua, la hembra del pez encuentra;  
sigue a su par la cierva; la sierpe por la sierpe es tenida;  
se adhiere en su lascivia la perra unida al perro;  
se aparea alegre la oveja; alegre está la vaca del toro;  
sostiene la cabrita roma a su inmundo macho;  
en furias se agitan las yeguas, y a sitios de espacio remotos  
siguen a los caballos que una corriente aparta.

(ib., 481-488)

Y en este punto del poema, Ovidio expondrá la conclusión superficial de su narración: el acto del amor, será la medicina capaz de suprimir la cólera de la mujer celosa; pues dice, para terminar:

Vé, por tanto, y a la airada medicinas fuertes ofrece.  
 Ésas, del dolor fiero solas descanso tienen,  
 esas medicinas los jugos macaonios superan;  
 serás restituído por éstas, cuando peques.

(ib., 489-492)

Pero la verdad que ha desarrollado viene desde más hondo y alumbrá mucho más lejos, y puede resumirse de la siguiente manera: el amor, al suavizar a los seres y engendrar su comunidad, es el fundamento social del mundo, y tiene el poder civilizador bastante para darle un sentido ético y racional; esto es, válido espiritualmente.

Los ánimos, que hasta antes de la aparición del amor se muestran áridos y fieros, se suavizan al ejercerse la dulce obra que se aprende sin necesidad de maestro, y se ponen en relación unos con otros, y se conocen, hacen que la creación se justifique.

Y lo que ocurrió con el universo en su conjunto, ocurrió, naturalmente, con cada una de sus partes; entre éstas, la más perfecta, la parte que reúne en sí la suma de las perfecciones y las posibilidades del todo; esto es, la ciudad.

Efectivamente, aquello que sucedió en el principio del mundo, aconteció también en el principio de Roma, y de la misma manera propició su fortalecimiento y permitió su desarrollo equilibrado y armonioso.

Como el amor fue el origen del orden universal, lo fue también del orden romano.

Este concepto es expuesto por Ovidio en otro pasaje del *Arte de amar*, al cual, como acostumbra él hacerlo, le atribuye una finalidad didáctica, desproporcionada, por lo superficial, con la importancia de la idea que en realidad sustenta.

El pasaje a que me refiero es aquel donde se narra cómo los romanos raptaron a las mujeres sabinas; la enseñanza que Ovidio dice que hay que sacar de allí, es que los teatros son peligrosos para la honestidad de las mujeres hermosas. La narración comienza diciendo:

El primero, Rómulo, intranquilo hiciste los juegos,  
cuando agradó a hombres solos, raptada, la sabina.  
(I, 101-102)

Desde el principio comienzan a verse las similitudes de fondo entre esta parte y la que examinamos anteriormente, donde se hablaba del origen del mundo.

Allí, se dice que el género humano erraba en los campos solitario, sin conocer a nadie. Aquí, al referirse a los romanos, se les llama hombres solos, sin compañía.

Más adelante, describe Ovidio el teatro y a quienes al teatro asistían:

Entonces, ni pendían pabellones en el marmóreo teatro,  
ni las tribunas fueran rojas de croco líquido;  
allí las frondas, que criaran los Palatinos boscosos,  
simplemente puestas, fueron, sin arte, escena.  
(ib., 103-106)

Hasta aquí la descripción de la rusticidad del ambiente; viene a continuación la de quienes en ese ambiente estaban, y que vuelve a traer a la memoria la de los hombres primitivos, la de aquellos que, viviendo en las selvas, se alimentaban de hierbas y se vestían de hojas.

Pues prosigue el poema:

El pueblo se sentó en las gradas hechas de césped,  
cubriendo de una fronda cualquiera el pelo hirsuto.  
(ib., 107-108)

Los rasgos que hacen resaltar la índole casi salvaje de los hombres descritos, esto es, que se cubrían con follaje la cabeza, y que llevaban descuidados los cabellos al punto de que éstos eran hirsutos, viene a sumarse con el de la soledad que antes se ha dicho que padecían.

Solos y salvajes, pues, eran hasta aquí los romanos. Y entonces aconteció el episodio que recordamos todos.

Pero tal vez convenga oír la narración que de los mismos hechos hace Tito Livio en su *Desde la fundación de la ciudad*.

El historiador explica que Rómulo, con el objeto de poblar y fortalecer su recién fundada ciudad, había abierto lo que se llamaba un asilo junto al Capitolio, entre dos bosques sagrados.

Allí acudió de las cercanías una turba de toda clase de hombres, donde se mezclaban sin discrimen el libre y el esclavo, todos ávidos de revoluciones, y ése fue el principio de la fuerza de Roma.

Pero, aunque entonces la ciudad romana era lo bastante fuerte para ser igual en la guerra a cualquiera de las ciudades vecinas, su grandeza habría de durar sólo la edad de un hombre, a causa de la penuria de mujeres, pues ni en la casa había esperanza de prole, ni alianzas matrimoniales con los vecinos.

Entonces, según el parecer de los senadores, Rómulo envió embajadores a las gentes vecinas, para que les pidieran sociedad y matrimonios para el nuevo pueblo:

Las urbes también, como lo demás, de lo ínfimo nacen; después, aquellas a quien su virtud y los dioses ayudan, magnas riquezas hacen para sí, y magno nombre. Asaz sabían que al origen romano no habían faltado los dioses y no habría de faltar la virtud. Por lo cual, no será gravoso que los hombres mezclen con otros hombres su sangre y linaje.

(Liv., I, ix, 3-4)

En ninguna parte se oyó benignamente esa embajada, sea por desprecio del presente o por temor del futuro. Muchos les decían, insultándolos, que abrieran también un asilo para mujeres, y así tendrían los romanos las parejas que merecían.

Rómulo, disimulando el resentimiento que tales comportamientos le ocasionaban, preparó para Neptuno Ecuestre unos juegos solemnes, que denominó Consuales, y los anunció públicamente, e invitó a los pueblos circunvecinos a asistir a ellos.

Muchos hombres se reunieron por el afán de ver la nueva urbe, y entre ellos vino la multitud de los sabinos, con sus hijas y

esposas. Cuando llegó el tiempo del espectáculo, y dadas a él estaban con los ojos las mentes, entonces, de acuerdo con lo planeado, surgió la violencia, y habiendo sido dada la señal, la juventud romana se arrojó a raptar a las vírgenes.

Magna parte fueron raptadas al acaso, cada una a quien le había tocado; a algunas, excelentes por su forma, destinadas a los primeros de los senadores, hombres de la plebe, a quienes se les diera ese encargo, las llevaban a sus casas.

Turbada la festividad por el miedo, huyen sombríos los padres de las vírgenes, acusando el crimen de la violada hospitalidad, e invocando al dios, a cuyos juegos habían venido engañados por su religión y su fe.

Y no tienen las raptadas mejor esperanza de sí, o indignación menor. Pero el mismo Rómulo iba de una en otra y enseñaba que eso había sido hecho por la soberbia de sus padres, que habían negado a sus vecinos las bodas.

Ellas, empero, habrían de estar en el matrimonio, en la sociedad de las fortunas de todos y de la ciudadanía y de los hijos, más querido que lo cual nada hay al género humano; que abandonarían ya sus iras, y, a quienes el azar dio los cuerpos, dieran las almas. Que nació a menudo de la injuria la gracia. Y que tanto más habrían de tener mejores maridos, cuanto que cada uno de los romanos habría de esforzarse para que, cuando a su turno cumplieran su deber, colmaran en sus esposas el deseo de los padres y la patria. Así explica el historiador el principio de Roma; su explicación ofrece marco para la iluminación del poeta.

Éste, a su vez, describirá el mismo episodio haciendo resaltar los sentimientos que agitaban en aquel momento decisivo los ánimos de los hombres y las mujeres que lo vivieron.

Con ese objeto, pone ante los sentidos del lector, primero, la ansiedad de los hombres semisalvajes, agobiados por la soledad, que combaten contra ella en su interior, y que escogen con ojos ávidos a las descuidadas mujeres que, sin saber su destino próximo, se dedican a contemplar el espectáculo teatral que frente a ellas ocurre. Escribe Ovidio, refiriéndose a ellos:

Vuélvense a ver, y muéstrase con los ojos cada uno a la niña que quiere, y muchas cosas mueve en su pecho tácito.

(I, 109-110)

Luego, como un puente tendido entre el anhelo y la acción, hace surgir un momento del desarrollo teatral, objeto de la atención femenina, y al punto la señal convenida entre Rómulo y los hombres, señal esperada por la atención de éstos:

Y mientras, habiendo dado un rudo ritmo el tusco flautista, del pie un actor tres veces el plano suelo pulsa, a medio aplauso (de arte carecían los aplausos entonces) el rey al pueblo el signo dio de buscar la presa.

(ib., 111-114)

Ahora se precipita la acción, en donde se contrasta el desconsiderado deseo viril, con los tímidos sentimientos de las mujeres sorprendidas, pues los varones:

Al instante saltan, su ánimo con el clamor declarando, y echan sobre las vírgenes sus codiciosas manos. Como huyen las palomas, tímidsima turba, a las águilas, y como huye la oveja tierna a los vistos lobos, así ellas temieron a los hombres que sin ley se arrojaban; en ninguna el color que fue antes, se mantuvo.

(ib., 115-120)

En seguida, después de advertir que cada una de ellas sintió de manera diferente el mismo miedo, entra Ovidio en una vertiginosa enumeración de las actitudes que las muchachas toman ante el asalto de que son víctimas:

Pues el temor era uno, no uno del temor el aspecto. Parte, sus trenzas rasga; parte sin mente siéntase; la una, sombría, calla; en vano llama la otra a su madre; se queja ésta, ésta pásmase; ésta se está, huye aquélla.

(ib., 121-124)

El rapto ha sido ya consumado. La narración del episodio va a tocar a su fin. Ovidio aquí, a diferencia de lo que hace Tito Livio, no se ocupará más que en un caso de los muchos que acontecieron, y lo hará valer como un ejemplo aplicable a todos:

Son conducidas raptadas, nupcial presa, las niñas,  
y sentar bien el mismo temor a muchas pudo.  
Si una había luchado en exceso y al compañero negaba,  
la llevó el hombre mismo alzada en pecho ansioso,  
y así: “¿Por qué con lágrimas corrompes los tiernos ojuelos?”  
—dijo— “Lo que a la madre el padre, habré de serte”.

(ib., 127-130)

Concluye la historia con la moraleja expresa que, como siempre, oculta una más profunda; en este lugar, que el amor, al suavizar la fiereza de los hombres sin compañía, dio raíz al crecimiento de Roma y su cultura.

Ahora termina Ovidio:

Rómulo: a los soldados supiste dar premios tú sólo.  
Si estos premios me dieras a mí, seré soldado.  
Sin duda, por aquella solemne costumbre, los teatros  
hoy también insidiosos a las hermosas duran.

(ib., 131-134)

Aparte las intenciones y los sentidos del episodio, creo que vale la pena estudiarlo todavía bajo otra luz; ahora, la que puede ponerse sobre las dotes de Ovidio como narrador insuperable, dotes que le son universalmente reconocidas.

Observemos simplemente, como ejemplo, para apreciar uno de sus recursos múltiples, su maestría en el empleo de los tiempos verbales. Para el caso, recordemos de qué modo empieza dirigiéndose a Rómulo, para atribuirle el origen del riesgo de amor que los espectáculos teatrales encierran para las mujeres. Usa allí dos verbos, hacer y agradar, en pretérito perfecto: tú, Rómulo, “intranquilos “hiciste” los juegos”, cuando la sabina “agradó” a los hombres sin pareja.

Y a continuación, ya dentro de la narración propiamente dicha, cuando se ocupa en describir, comparándolas sin decirlo expresamente, con las de su tiempo, las condiciones del teatro y de quienes a él asistían, emplea, a fin de figurar un campo adecuado a la acción que habrá de desarrollarse, un verbo en imperfecto, pender, y otro en pluscuamperfecto: ser.

De este modo hace aparecer un amplio panorama elemental en su pura desnudez: entonces no “pendían” pabellones en el teatro de mármol, y las tribunas no “habían sido” teñidas con azafrán.

Continúa, dentro de ese panorama, la descripción de situaciones ya irreparablemente consumadas, definidas todas por las formas verbales del perfecto: el escenario “fue” hecho con las frondas del Palatino; el pueblo, velado la cabeza con simples hojas, “se sentó” sobre las gradas de césped.

Todo eso se desprende sin remedio de las formas verbales usadas, todo eso pasó ya sin remisión, nada de eso volverá a suceder.

Pero en este punto, la acción de los hombres que pretenden su propia salvación por medio de la conquista de la sociedad y el amor, esa acción perpetuamente actual, va a buscar su lugar y su cumplimiento. Y ahora los verbos que la denotan, a pesar de que se hallan incluidos en la narración de algo pasado, están en tiempo presente, revelando que denotan algo que en realidad acontece en este mismo momento, y lo “presentan” vivo y en auge.

Los hombres de Roma “se vuelven a ver” a las mujeres sabinas; todos y cada uno “señalan” con sus ojos a la escogida de su deseo; al hacerlo, “mueven” muchas cosas dentro de su pecho silencioso.

Y de igual modo que si fuera contagiada por la acción de los romanos ávidos, la actuación del bailarín en la escena pugna también por hacerse presente, pues se dice que él “pulsa” tres veces el suelo con el pie.

En este momento, abruptamente, el presente es interrumpido por la irrupción del pasado: Rómulo el rey, “dio” la señal que indicaba la hora en que las sabinas habían de ser raptadas.

Y de esa señal pretérita, surge el presente definitivo de la eterna acción viril: “saltan” los hombres sin disimular el fondo de sus ánimos, y “echan” la mano sobre las mujeres atemorizadas.

A su turno, la acción de éstas comienza a ser enunciada mediante el empleo de formas del perfecto: ellas “temieron” el brusco asalto de los que las pretendían, y el color que “hubo” en ellas no “se mantuvo”. Pero a continuación, cruzando por el puente de una expresión en imperfecto, el temor que las asediaba “era” uno, pero era múltiple el aspecto de ese temor, la descripción del conjunto de las mujeres se precipita, como a borbotones, en un presente agitado de muchos rostros, los cuales manifiestan la situación de cada una en un solo momento inacabable.

Entre ellas, hay alguna que “rasga” su cabellera; hay quien “se sienta” inmovilizada por el espanto y la sorpresa; están la que “calla”, la que “se está” sin saber lo que hace, la que inútilmente “llama” a su madre en su auxilio, la otra que “se queja” de la violencia recibida, la que “se pasma”, perdida la facultad de discurrir, la que “huye” en aquel torbellino sin salida. Y allí mismo, todas, presa nupcial, “son conducidas” raptadas.

De aquí en adelante, apagado el clímax de los sucesos y de la narración, todo vuelve a remansarse con la aparición de tiempos pretéritos: el mismo temor que sentían, “pudo” convenir a la hermosura de las sabinas; si alguna de ellas “negaba” al hombre que por fuerza se la llevaba, éste le “dijo”, para tranquilizarla, “que habría de ser para ella lo que el padre es a la madre.”

Y nuevamente volvemos con esto a la expresión de la institución del amor como base de la ciudad y la cultura.

La unión de romanos y sabinas es el nacimiento de la civilizada existencia en común; de su actuación como padres y madres, surgen las condiciones necesarias para que la gloria de Roma pueda ser edificada.

Así pues, resumiendo, puede decirse que el amor, concebido como creador de paz y de relaciones comunitarias, se revela a modo de raíz indispensable del orden universal. Y que, además, se manifiesta como el único poder suficiente para mantener y

desarrollar los bienes culturales de la vida de la ciudad y los factores fundamentales del equilibrio del mundo que la contiene.

En otras palabras: el amor se encuentra en todo, en todas partes, como la base que da sustento sin término a la totalidad de lo que existe; es la fuente original de la armonía y la paz universales. Todo en el mundo se apacigua y se une y resplandece por obra del amor; en el mundo, todo busca y encuentra a quien amar, y se ve así que las especies, por obra del amor, hallan su pareja, y con ella se realizan en su perfección, y encuentran la alegre felicidad, y fructifican como espigas.

En el espacio del aire; en el ámbito frío de las aguas; en sotos, montes y selvas y junto a vivas corrientes, encuentran el amor las criaturas y poseen y son poseídas; gozan de sus apareamientos y amansan sus furores y su sangre con la amorosa proximidad.

Todos los seres se tienden hacia su placer y su reposo, y al conseguir su enamorada compañía alcanzan la única medicina capaz de libertarlos del dolor y de la soledad que los impulsan y los atormentan. No se detiene aquí la obra del amor.

Su presencia puede ser concebida como raíz del orden civilizado, y éste y la cultura que lo define, son para el espíritu humano el único ámbito propicio para conseguir su perfección.

La idea, que en Ovidio es fundamental, se encuentra expuesta en diferentes lugares y fragmentada en apariencia; pero si se analizan con algún cuidado esos lugares y esos aparentes fragmentos, se verá que con ellos puede constituirse una unidad de concepto sólida y clara. Es uno de los temas insistentes de la poesía de Roma, el anhelo de un mundo mejor, de una edad de oro en que los humanos habrían hallado o hallarían la completa felicidad.

Ese anhelo, que en muchos casos hace que los poetas menosprecien el presente, puede situar su objeto en el pasado, manifestándose entonces como nostalgia, o en el futuro, con lo cual adquiere la índole de la esperanza.

Entre los abundantes ejemplos posibles, podría recordarse aquí a Tibulo, que habla de la pretérita edad de oro, y a Virgilio, que

se refiere al advenimiento de una edad de oro próxima en el futuro. En el caso de Tibulo me refiero a su Elegía I, 3; en el de Virgilio, naturalmente, a su Égloga IV. Dice el poema de Tibulo en la parte correspondiente:

¡Qué bien siendo rey Saturno, vivían, primero  
 que la tierra se abriera a prolongadas vías!  
 Aún no había despreciado el pino las ondas cerúleas  
 y ofrecido a los vientos la desplegada vela,  
 ni errante en ignotas tierras, ganancias buscando, había el nauta  
 oprimido la nave con extranjera carga;  
 no, en aquel tiempo, fue bajo los yugos el válido toro;  
 no con domada boca frenos mordió el caballo;  
 no tuvo puertas casa alguna; no piedra fija en los campos  
 que con límites ciertos las siembras definiera.  
 Daban mieles las mismas encinas, y de suyo, a los plácidos, ubres  
 obvias de leche llevaban las ovejas.  
 No ejércitos, no ira, no guerras hubo, y la espada  
 no había el cruel forjador hecho con arte odiosa.  
 Hoy, bajo Jove el señor, siempre matanzas y heridas;  
 hoy el mar, hoy las vías mil de la muerte súbita.

(I, 3, 35-50)

Se hace patente, así, el contraste entre el pasado feliz y pacífico, y el presente violento y amenazante, y el alma se vuelve nostálgica hacia lo que fue, como hacia algo muy amado y definitivamente perdido.

En su Égloga IV, Virgilio, en cambio, da por seguro que esos bienes habrían de volver, y los convierte en objeto inmediatamente futuro de una esperanza presente. Dice allí, después de haber advertido del inminente retorno del reinado de Saturno:

De aquí, cuando ya la firme edad varón te haya hecho,  
 el pasajero mismo dejará el mar, y el náutico pino  
 no mudará mercancías; dará todo toda la tierra.  
 No sufrirá rastros el suelo ni hoces la viña,  
 y el robusto arador soltará a los toros los yugos;  
 y no aprenderá la lana a mentir variados colores:  
 mas en los prados el mismo carnero, ya con suave rojeante

múrice, ya con amarillo azafrán, mudará sus vellones.  
Vestirá el bermellón, por sí mismo, los corderos que pacen.

(IV, 37-75)

Como bien se sabe, esa nostalgia y esa esperanza de los poetas, correspondían a una tendencia política del gobierno de Augusto, quien pretendía la reforma moral de Roma mediante un regreso a las costumbres antiguas, que se tenían como camino infalible hacia la grandeza y la felicidad.

Pues bien, Ovidio se aparta expresamente de esa tendencia, y encuentra que el momento presente es el vaso afortunado capaz de contener todos los bienes del mundo.

Hay que recordar que la madurez poética de Ovidio coincidía con el pleno resplandor del gobierno de Augusto.

Entonces, después de larguísimos años de guerras interiores y externas, se había establecido la paz, y afluían a Roma incontables bienes materiales y de cultura.

El sentimiento de aquella plenitud, de aquella tangible posibilidad de dichosa paz al fin obtenida, colma enteramente el alma de Ovidio, y aquella austera simplicidad de costumbres y espíritu, fundamento admitido de Roma en los tiempos aurales de su crecimiento, no es vista por él con los añorantes ojos con que otros poetas la miran.

Él, habitante y poseedor de la ciudad en su gloria meridiana, feliz de comprenderla y gozarla, no puede menos que considerar la simplicidad pretérita como una primitiva rudeza, afortunadamente vencida y expulsada del ámbito de aquélla, por la abundancia de bienes espirituales y materiales aportados por el advenimiento de la plenitud de una cultura.

No son pocos los lugares del *Arte de amar* en que Ovidio manifiesta claramente dicha actitud.

En distintas ocasiones, se complace en establecer una comparación entre imágenes de la Roma de los tiempos primeros, austera y simple, con la de sus propios días, amable, rica y lujosa, cultivada y cómoda. El resultado de tal comparación, no es, natu-

ralmente, otro que dejar bien en claro la superioridad del presente sobre el pasado, y las ventajas que aquél ofrece con respecto a éste.

Traigamos, por ejemplo, a la memoria, algunas líneas del recientemente visto episodio del rapto de las sabinas. Allí, sin decirlo directamente, comienza Ovidio a plantear sus comparaciones: en aquellos años iniciales de la existencia de la ciudad, los escenarios teatrales no eran otra cosa que frondas de árboles sencillamente dispuestas, y eran de hierba las gradas destinadas al público; en cambio, dentro de la época del poeta, según lo deja entender él mismo, el teatro estaba edificado con mármol, lo sombreaban grandes pabellones colgantes, y las tribunas donde el pueblo se sentaba habían sido embellecidas tiñéndolas con azafrán líquido.

Por lo que toca al público que asistía al teatro en los tiempos primitivos, sabemos que su único adorno era de hojas de árbol para cubrirse el hirsuto cabello. Ovidio, en otra parte, describe el adorno de los hombres contemporáneos suyos:

Por su limpieza, plazcan; sean tostados del Campo los cuerpos;  
bien conveniente sea y sin manchón la toga.  
No se entiese la lengüeta, carezcan de herrumbre los broches,  
y no en una piel floja errante el pie te nade,  
ni malamente el corte rígidos los cabellos deforme;  
sea el pelo, sea la barba por cauta mano hecha;  
y en nada sobresalgan y estén sin mugres las uñas,  
y en la hueca nariz ni un pelo se te pare.

(I, 511-518)

El evidente contraste vuelve a poner de relieve la inferioridad de lo pasado.

Por lo demás, en el mismo pasaje del rapto, hay dos expresiones que revelan, sin dejar campo a la duda, qué cosa era lo que faltaba a los hombres que componían la primitiva y rudimentaria comunidad, anterior al amor: les faltaba el arte, ese fruto de la cultura nacida de la vida en común, y que en la ciudad ha madurado hasta conseguir su perfección.

Recuérdese que el escenario fueron las ramas colocadas sin arte, y que carecían de arte, entonces, los aplausos con que se celebraba el desempeño de los actores.

En otra parte del mismo libro I, aquella donde se refiere a la conveniencia de que los amantes, como los agricultores y los marinos, observen los cambios del tiempo, hace Ovidio otra comparación que tiene el mismo sentido que las más arriba vistas.

Hablando de la celebración de las fiestas Saturnales, durante las cuales se ponía en el Circo Máximo una especie de mercado donde multitud de riquezas estaban a la venta, alude a la costumbre anterior de usar, como adorno del dicho Circo, solamente estatuillas baratas.

El contraste entre pasado y presente, y las ventajas de este último, quedan claramente expuestas en estos dos versos:

Ya esté ornado, no, como antes fue, de estatuillas  
el Circo, mas riquezas de reyes tenga puestas.

(I, 405-406)

En el libro III del *Arte de amar*, vuelven a ser parangonadas las épocas pretéritas con la actual, otra vez con notoria desventaja para las primeras. Aquí me refiero a aquella parte donde, a partir del cuidado que deben darse las mujeres, lleva su pensamiento a la rusticidad en que Roma estuvo durante sus comienzos. Dice, pues, señalando cómo el cuidado puede, en alguna manera, suplir la hermosura natural:

Don del dios, es la forma; ¡ensoberbece la forma a cuán pocas!  
Carece de tal don gran parte de vosotras.  
Dará, el cuidado, la faz; se arruinará la faz descuidada,  
aunque ella semeiante fuera a la Idalia diosa.

(III, 103-106)

Y enseguida introduce ya su idea contraria a las llamadas virtudes de la antigüedad, pensando ahora en las heroínas de Homero:

Si las antiguas niñas así no cuidaron sus cuerpos,  
 no, así, cuidados hombres tuvieron las antiguas;  
 si estuvo Andrómaca vestida de túnicas toscas,  
 ¿a qué admirarse?, esposa fue de un soldado duro.  
 ¿Sin duda, cónyuge adornada vinieras para Áyax,  
 a quien defensa fueron de bueyes siete cueros?  
 (ib., 107-112)

Una vez planteado así su problema, pasa a exponerlo en general, aplicándolo a la ciudad de Roma, comparando lo poco que fue antes, con lo mucho que es ahora:

Ruda simplicidad antes hubo; ahora Roma es de oro,  
 y del orbe domado tiene los magnos bienes.  
 (ib., 113-114)

Tanto ha mejorado la ciudad, tan grandes bienes ha adquirido, que los dioses mismos parecen haber cambiado al mismo ritmo que ella, y haber también aumentado.

Así lo dice Ovidio, al hacer mención de los templos que en el Capitolio estaban consagrados a Júpiter:

Mira los Capitolios que ahora son, y aquellos que fueron;  
 dirás que aquéllos han sido de otro Júpiter.  
 (ib., 115-116)

Y lo que aconteció en lo divino ocurrió también en lo humano, cosa que se manifiesta en la evolución del lugar de reunión de los senadores:

La curia, hoy es dignísima por tan grande asamblea;  
 cuando Tacio tenía los reinos, fue de paja.  
 (ib., 117-118)

En cuanto al monte Palatino, donde se levantan hoy los templos de Apolo y las moradas de los príncipes, y que por ello refulge, en los tiempos de antes no fue otra cosa que pastos que esperaban que los bueyes pasaran sobre ellos los filos del arado.

No hay, pues, más que admitir la objetiva superioridad del momento presente. Hay, sin embargo, algunos aspectos en los cuales éste parece ser vencido en valores por el tiempo pasado. En ellos, lo antiguo cobra luces mejores y más claras que lo moderno. Se refiere Ovidio, por ejemplo, al menosprecio que sus contemporáneos demostraban sentir por la poesía. Escasa fortuna, se lamenta, tiene entre los modernos el poema; pero veamos de qué manera lo dice; es aquel pasaje donde aconseja a los hombres los regalos con que, sin mayor gasto, pueden conquistar a las muchachas. Y pregunta:

Pues qué, ¿te enseñaré a que envíes también tiernos versos?  
 ¡Ay de mí! No mucho de honor el carmen tiene.  
 Los cármenes se alaban, mas los regalos magnos se buscan;  
 con tal que rico sea, complace el mismo bárbaro.  
 Áureos son, en verdad, hoy los siglos; con oro, muchísimo  
 viene el honor; con oro, es el amor ganado.  
 Aunque tú mismo, Homero, vengas de las musas seguido,  
 si nada trajeres, irás, Homero, fuera.

(II, 273-280)

Así pues, la cultura parece haber traído consigo una ingente ambición de riquezas materiales, que hace ver con menosprecio bienes de espíritu como la poesía.

En cambio, durante las épocas pretéritas ésta gozó de altísimos privilegios. Y declara Ovidio:

Los poetas fueron, un día, cuidado de dioses y reyes,  
 y sus antiguos coros llevaron premios magnos,  
 y santa majestad y venerable nombre tenían  
 los vates, y a menudo largas riquezas dábanles.

(III, 405-408)

En seguida, recuerda cómo, a causa de esa antigua veneración por la poesía, el autor de los *Anales*, aunque de origen humilde, fue admitido en el sepulcro familiar de los vencedores de Cartago:

Enio mereció, en los calabreses montes nacido,  
oh magno Escipión, contigo a ti ser puesto.  
(ib., 409-410)

Pero eso, lo sabe bien el poeta, es cosa pasada:

Hoy las hiedras yacen sin honra, y, a doctas musas sagrado,  
el velador afán nombre de inerte tiene.  
(ib., 411-412)

Otro de los aspectos en los cuales lo que se fue supera a lo que hoy es, es la conducta discreta que los hombres de antaño guardaban con respecto a sus conquistas amorosas:

Allí también, cuando aún no apartaba al sol y la lluvia  
la teja, mas la encina techos y viandas daba,  
en bosque y antros, no bajo Jove, el placer era unido:  
¡del pudor tanto cuidado tenía el rudo pueblo!  
Mas ahora imponemos letreros a los actos nocturnos;  
nada, sino el poder hablar, se compra caro.  
Sin duda, examinarás dondequiera a todas las niñas,  
porque a cualquiera digas: "Ésta también fue nuestra".  
(II, 621-628)

Ovidio, tan poco dado a escandalizarse, lo hace ante tales indiscreciones. Y escribe:

Minucias lamento. Algunos fingen lo que, cierto, negaran,  
y que ellos con ninguna no se acostaron, cuentan.  
Si no pueden los cuerpos, tocan los nombres que pueden,  
y, no tocado el cuerpo, la fama culpa tiene.  
(ib., 631-634)

Pero a pesar de estas faltas de los modernos, Ovidio declara sin rebozo su preferencia por la época donde vino a vivir, y su dicha porque le es dado que viva en ella:

Lo antiguo otros gocen; yo, de haber hoy finalmente nacido,  
me grato; esta edad es apta a mis costumbres.  
(III, 121-122)

Y cuando expone la razón que constituye el fundamento de su preferencia, vuelve a su idea central de que lo que hace la bondad del mundo es la culta suavidad originada en el contacto amoroso de hombres y mujeres. Él prefiere sobre la antigua, la Roma de su tiempo:

no porque hoy de la tierra es el oro lento sacado,  
y cogida en lejana costa la concha viene;

...

mas porque está el cuidado, y no permaneció en nuestros años  
esa rusticidad presente a abuelos viejos.

(ib., 123-128)

Así pues, no es la riqueza material sino la cultura, perfecto fruto del amor, lo que hace que Ovidio se sienta situado en un mundo próximo a la perfección; un mundo superior a todo lo que había existido anteriormente, digno de ser amado y preferido; el mundo en el cual el hombre de espíritu está capacitado para encontrar el ámbito propicio al perfeccionamiento de sus bienes mayores, y que, de manera tan despiadada, a él se le habría de arrebatar un día, totalmente y para siempre.

